

## EL SER Y LA REFLEXIÓN, LA RELIGIÓN Y LA FILOSOFÍA

Buscamos la verdad y aceptamos como tal la ley, todo cuanto nos rodea nos impulsa a establecer como base de nuestras investigaciones nuestra propia existencia. He ahí, señores, una ley y un hecho que acompañan, puede decirse, al pensamiento humano desde su primer paso. Esta ley que nos domina constituye la base de los principios que me propongo desenvolver para probaros.

1° Hay una religión.

2° Hay una filosofía. Habrá una religión y una filosofía.

Mas, antes de entrar en el movimiento lógico de la idea, debo dejar establecidas mis premisas y los principios invariables de toda certidumbre. ¿Cuál es la verdad primera? ¿Cuál el fundamento de toda creencia? ¿Cuál la reflexión del ser? ¿La primera autoridad? ¿La evidencia fundamental de todo acto? Permitidme use de la severidad dialéctica.

Podemos dudar de todo, excepto del ser. El ser existe, todos estamos de acuerdo en creer en su existencia. Sin existencia tampoco podríamos dudar. Pensar, pues, equivale a creer. Creer a ser, siendo la existencia la base de todo pensamiento y de toda creencia.

Siguiendo el método más racional. Toda ver-

dad de deducción debe traer, o arrancar su fuerza y autoridad de la verdad primera y fundamental.

En otros términos:

–Las *partes* deben encontrarse en el *todo*

–La variedad se apoya en la unidad

–El fenómeno, en el enlace primitivo

–El efecto, en la causa

–El movimiento, en la fuerza

–La variedad, en la identidad.

Vivimos, mas la vida sería como si no existiese para nosotros si no tuviésemos la *conciencia*, es decir, si no la sintiésemos, si no la comprendiésemos por medio del pensamiento. *Pensar* importa, pues, tanto como elevarse a sí mismo en medio del espectáculo inestable de los fenómenos. *Pensar es afirmar*.

La *afirmación* es el nacimiento o aurora intelectual de la *humanidad*.

Se trata de despejar la afirmación, de correr el velo que la oculta a los ojos, y para ello no necesitamos más que analizar esta síntesis primordial, es en esta primera afirmación que debemos encontrar lo que buscamos. Descartes nos dice “*pienso, luego existo*”. Síguese como consecuencia necesaria de esta filosofía que todo acto, pensamiento o creencia, que no parta de este principio, es falso.

La lógica de este principio revolucionó

la filosofía, mas introdujo también ese terrible protestantismo científico cuyos resultados deploramos en el día (Eder). Mi método es el mismo, pero me separa de Descartes desde el punto de partida. Yo no veo la personalidad aislada pensando en sí misma, afirmándose y no reconociendo otra verdad que la del pensamiento que converge hacia sí propio. No. Yo veo el ser y en él una distinción. Yo creo al ser una forma de visión, una ley de visión, una fuerza de imperiosa conformidad, una asociación indispensable en las ideas de la revelación primera. *Yo soy ser; yo afirmo*, y en este hecho encierro en sí toda la filosofía, y el método y criterio de certidumbre, porque esta visión de mí mismo es forzosa, no puede dejar de ser, yo no puedo dudar, de aquí deduzco con la lógica (que hace en este momento su aparición al pensamiento) que el pensamiento de mí mismo es necesario, que hay una ley que yo no he hecho, puesto que me domina y me impone la esencia y la forma de ésta.

Así yo no soy el todo, yo no soy el creador de mí mismo, y yo obedezco pensando en mí a una ley que no he hecho.

Yo veo el ser y el ser es infinito.

Yo veo el ser y no veo el ser finito.

La primera preposición es la forma necesaria de la concepción del ser en el primer movimiento del pensamiento. *El infinito*. Yo soy, mas yo soy finito: ved ahí la distinción fundamental.

La presente la lógica existe, trátase tan sólo de seguir el movimiento de la idea, pero es preciso no confundir la distinción lógica que responde a la distinción del ser. El *yo* ve el *infinito*, esta visión es coexistente en la cronología del pensamiento. Yo no puedo ver otra cosa sin estar despertado a la vida, mas esta visión establece igualmente por medio de la lógica la autoridad eterna del infinito. Lo finito recibe al nacer el sello, la necesidad, la forma, la lógica, la ley que lo hace creerse a sí mismo bajo la subordinación del efecto a la causa, del múltiplo a la unidad. Finito coexistiendo

con el infinito en el pensamiento primero, finito derivando del infinito, finito en el tiempo infinito en la eternidad, finito en el efecto, infinito en la causa, finito en el espacio, infinito en la inmensidad, finito como movimiento, infinito como inmutabilidad idéntica de la sustancia eterna que se piensa y se ama.

Ved ahí, señores, establecido el primer hecho, el origen de la ciencia. Los análisis que pueden hacerse y las deducciones que pueden sacarse encuentran en todos los espíritus, con la fe de la humanidad bajo la forma de espontaneidad o instinto, la creencia de la filosofía bajo la forma de la reflexión y de la lógica. El error no se versa sino sobre las percepciones más o menos completas de la percepción primera. La reflexión es la vuelta al pasado, la visión se convierte en memoria, y es entonces que el olvido, que para mí es el error, puede tener lugar.

Quién negará el *ser*, quién la infinidad del ser, su eternidad. Aquel que no crea sino en el yo está obligado a reconocerse infinito y eterno, para satisfacer a la necesidad lógica, y he ahí el *egotismo* insensato de que os suministra ejemplos la filosofía de Fichte.

¿Quién dice que la nada puede engendrar alguna cosa? Y si la nada es imposible estáis obligados a afirmar la eternidad del ser, y con ella las consecuencias que de ellas se derivan. Todos los axiomas no son sino la afirmación del infinito y del finito bajo diversas formas. La afirmación es la fatalidad del pensamiento, el hombre no puede nada, ve y siente que es imposible pensar de otra cosa que aquella que la ley del pensamiento le impone.

Y, sea dicho de paso, esta fatalidad es la mejor prueba de la libertad. (Permitidme esta digresión). La razón piensa. La libertad obra. La razón no puede negar el pensamiento, está fatalmente encadenada a la luz. El error es posible, mas su suicidio es incomprensible. Él ve el ser, ve la ley, ve la relación entre ambos, imposible afirmar la

nada, imposible negarse a sí mismo, imposible decir *dos y dos hacen cinco*. Ved ahí una fatalidad. Ciertamente que la libertad puede querer el absurdo y decir *dos y dos hacen cinco*, no lo es menos el que no prevaleciera su idea, y en este caso la libertad procede según la visión o el motivo, y con el poder de la insurrección. Si este querer, si esta actividad aplicada a la volición fuese una fatalidad, cómo podría levantarse contra la fatalidad de la luz. Eso equivaldría a una fatalidad contra otra, lo que no es posible, por cuanto la verdadera fatalidad tiene que ser una e indivisible como la verdad, y una fatalidad combatiendo a otra es la suposición de la nada luchando con la existencia. La verdad no puede combatirse a sí misma.

Si la fatalidad es una verdad absoluta para el hombre, necesario es negar la voluntad que habéis establecido. La fatalidad es la razón y lo que la combate no puede ser razón.

Si la volición es el motivo que obra, y éste el pensamiento, la volición sería el pensamiento, y el acto humano sólo lo sería de contemplación, la acción exterior no existiría. He ahí la consecuencia vigorosa a donde conduce la negación de la libertad, y Spinoza la establece diciendo: *Voluntas (...)*

De donde se sigue que la vida es la negación de la acción y que millones de hombres realizan esta negación practicando el panteísmo de Buda.

Si la vida es el motivo, el motivo el pensamiento, éste la fatalidad, la fatalidad sería, entonces la verdad; la verdad en la esfera que hablamos es idéntica, es una, y tendríamos que la más grande unidad y la más absoluta identidad reinarían en la vida. El finito cumpliría sus leyes como una rotación astronómica. El orden reinaría en todos los grados de la vida humana, la contradicción, sería imposible y nosotros seríamos de una pasividad monstruosa en medio de la grandeza inteligente de nuestras almas.

El infinito existe y nosotros lo hemos sentido

por medio de la afirmación. El finito existe y todos los momentos de nuestra vida lo demuestran, o por mejor decir, la vida es la identidad continua de su afirmación.

Establecidos los dos términos, la relación entre ellos o la lógica se establece de por sí y demuestra la inferioridad de todo ser indivisible y la limitación del finito temporal o lo que es lo mismo, la *creación*. El problema de la creación encierra en sí toda la ciencia. Es fácil apartar las dificultades negando la necesidad del pensamiento, mas la verdad existe a pesar de la importancia racional, de la explicación lógica. ¿Qué se diría de aquel que negase la eternidad porque él no veía sino la sucesión de los fenómenos? ¿Qué de aquel que negase la luz porque no obedece a la ley de la atracción? Aquí, sin necesidad de numerosos ejemplos, encontramos la verdad, mas no podemos hacerla entrar en las fórmulas científicas: ¿debemos negarla apoyándonos en la autoridad de la fórmula? No. Las fórmulas han sido hechas para la verdad y no las verdades para las fórmulas como las constituciones y los sistemas políticos han sido hechos para los pueblos y no estos para aquellos.

El ideal ante todo, es decir, la afirmación, la realidad, lo incomprendible, y asimismo la evidencia primera, la revelación indisputable del infinito en Dios, del finito en el pensamiento, de la libertad en el hombre. ¿Esto no es la creencia como visión? ¿La fe como lógica? ¿Y la gloria de la humanidad guardar esta fe en el infinito, a pesar de la insuficiencia científica del finito que lo afirma, y de la libertad que lo proclama? Existe pues una fe primera, es el testamento sagrado, una visión primera, es la revelación eterna. La misión del pensamiento humano consiste en profetizar a la conciencia, porque cada vez que la humanidad vuelve hacia el foco de donde parte su existencia, se inspira, por decirlo así, bajo la acción de Dios mismo y su conmoción sirve de ritmo a su marcha hacia el lleno de su misterioso destino, misterio

simbolizado en la comunión fraternal de todos los hombres en la inagotable fuente de la luz y del amor.

Hemos visto la fe, la visión primera, y la lógica fundamental: Dios, el hombre y la relación de subordinación del último, hechura, efecto, finito, en presencia de la ley de la causa del infinito. Esta creencia es el dogma, y este dogma la afirmación que la filosofía lleva en sus entrañas, y el fundamento de toda religión.

El dogma, es la unidad fundamental de la existencia y de la creencia, la unidad quien armoniza las diferentes manifestaciones de la vida, y es por ello que ella forma asimismo la base de la religión encadenando a los hombres por medio de una ley que es la verdad superior, incondicional en su esencia, y trascendental en el movimiento sucesivo de los seres. La religión es la fe, el fundamento, la naturaleza de lo que se ha pensado. La filosofía, es el pensamiento de Dios pensando por el hombre.

Dios viene con la religión, el pensamiento de Dios con el hombre, y la humanidad corona la evolución inteligente con la aparición de la palabra que es fatalidad y libertad y a que nosotros llamamos filosofía.

Fichte ha dicho: “Marchamos conducidos por la fe, y no puede ni ha podido suceder de otro modo en esta relación”. Yo he filosofado, equivale a decir que yo he pensado el pensamiento de Dios. Yo he ejercitado la fe, vale tanto como he visto, he creído, he afirmado. Yo he glorificado aquel que es la gloria y al mismo tiempo al hombre que tiene la de revestir el esplendor del eterno.

Habrà una religión porque nosotros no podemos destruir la fe primera, la ley que nos domina. Habrà una filosofía porque tampoco podemos destruir el pensamiento y la lógica, que aspiran sin cesar a ensanchar sus horizontes.

Luz de dos lados, en religión ella es amor, y en filosofía es conciencia; fatalidad de visión y de amor en religión, de reflexión y de armonía en la

filosofía; fatalidad de una personalidad ilimitada en el seno del infinito, de una libertad limitada en el pensamiento de Dios. Cuadro vago de la naturaleza en la catedral del universo, estatua sublime sobre un pedestal personal en el templo de Dios, himno pasivo a la aurora, epopeya resplandeciente al sol.

Indestructibles ambas coexisten, e indestructibles marchan.

Suprimid a Dios y a la personalidad,

¿qué queda de la religión?

Suprimid el infinito y la libertad,

¿qué quedará de la filosofía?

Suprimid el amor, la ley, el pensamiento,

¿qué se hace el hombre?

Religión-filosofía, voz idéntica, armonía de la luz y la reflexión, ellas existen y existirán y el hombre alcanzará su prometido destino.

Religión o filosofía desaparecen si el pensamiento y el amor, la fe y la razón desaparecen, y nosotros, sumergidos en las tinieblas, abdicaremos en el caos.

Decir que toda religión es falsa, es decir una cosa aventurada. Debe decirse en todas las religiones, hay cosas que son falsas, mas no podemos negar que hay otras que son verdaderas.

Otro tanto puede decirse de la filosofía. ¿Quién podrá afirmar he ahí la filosofía verdadera? Ninguno. Nosotros diremos, hay verdad y hay falsedad alternadamente, tan pronto es un principio que falta como es el método, el punto de partida, la lógica, la hipótesis que se establece, un olvido, una suposición; mas en el fondo siempre se encuentra verdad. Entre tanto no trepidamos en llamarnos filósofos, y yo no trepido en llamarme religioso. Sócrates fue filósofo, su doctrina encierra verdad, estamos con él, mas no podemos reconocer las profundidades incalculables de los misterios del Oriente, y negando la humanidad sintética resulta lo incompleto.

No debe despreciarse la fe instintiva, por que ella es la luz flotante sobre el rostro de la humanidad.

Buscad ejemplo en las religiones más absurdas y encontraréis, bajo el símbolo más embustero, ocultarse una verdad que la ciencia no poseía y que no habría poseído sin esa circunstancia.

Entre los negros, los últimos de esa raza desgraciada, refiere un viajero que sus fetiches (Mokinos) presentan a sus adoradores el concepto de una causa verdaderamente sobrenatural. El África ha visto a Dios en el animal. ¿Y no recordáis vosotros aquel dicho de Linneo en sus trabajos sobre las plantas? *Acabo de ver pasar a Dios*. Entre los indios de la América del Norte existe la adoración de un oso y un buey, creadores de todos los animales de su especie, y ¡cosa admirable! ¿No es éste el problema que ha agitado el mundo científico sobre la unidad o diversidad de tipos en los diferentes animales, acerca de la persistencia o la transformación de las especies, problema aún por resolverse, notablemente ilustrado por Geoffrey St. Hilaire y Cuvier? Importante trabajo sería el estudio de todas las religiones bajo el punto de vista del primitivo instinto y con el fin de reconstruir con el auxilio de la ciencia y de la filosofía la *primera intuición*. Toda transformación radical en las creencias es inaugurada por hombres de síntesis. Moisés, Platón, Jesucristo, Voltaire, han sido los más grandes sabios, enciclopedistas y, al mismo tiempo, los hombres de más fuerte intuición.

En nuestros días Goethe decía que la mitología griega era inagotable, ofreciendo símbolos para todas las verdades.

La filosofía, la ciencia y la religión coexisten. El filósofo quiere la verdad, la llama, la desea, se entusiasma a su aproximación, se estremece a cada paso que avanza en la armonía, y sin detenerse ante ningún horizonte sigue hacia el infinito y aun cuando poseyese la velocidad de la luz, como quiera que el infinito lo es siempre, seguiría de mundo en mundo, de verdad en verdad, tras la integridad de la ciencia. En esta jornada heroica, la fórmula se vuelve poesía, la curiosidad, el

entusiasmo del filósofo, vuélvese amor y, arrebatado por la unidad que ve y no alcanza, acaba de pronunciar la palabra religiosa de la humanidad, ¡Gloria a Dios!

El hombre de instinto y religioso aspira a la satisfacción en Dios. Dios es su alegría y su tormento. Lo busca por todas partes, quisiera reunir todo lo bello, toda la luz para formar una ofrenda que presentar al altar del sacrificio. La creación vuélvese el tema favorito de sus investigaciones, el pensamiento primero, presente siempre quisiera comprenderlo, explicarlo todo, y encarnar la visión de la unidad en todos los fenómenos variables. Mas él no se detiene, no se satisface, no puede detenerse ya: marcha, marcha te repite la voz y de astro en astro, de dogma en dogma hasta el punto en que la luz sin limitación material se vuelve la oscuridad del infinito. La voluntad no puede decir basta sin que el bien ideal y la virtud incompleta se conviertan en un aguijón incesante hacia el bien absoluto. Así el hombre religioso termina su himno de estático arrobamiento con la afirmación consciente del filósofo: **Dios es Libertad y Amor.**

Todo esto, señores, puede resumirse en este principio: la filosofía trata de despejar en el hombre la impresión del infinito. En matemáticas, como sabéis, no se inventa nada, no se enseña nada de nuevo, se trata tan sólo de despejar el problema encerrado en la razón y la conciencia. Es la evocación de la fórmula de Dios. Podemos decir que la verdadera religión es el dogma latente y la verdadera filosofía el dogma transparente o transparentado.

La humanidad posee el primero, ved ahí por qué la filosofía debe prestar el oído a la voz de los pueblos, y es ahora que yo comprendo todo lo que hay de sagrado en este dicho:

La voz del pueblo es la voz de Dios.

Decíase de Filón, uno de los filósofos más célebres de la escuela de Alejandría, o Platón filoniza o Filón platoniza. Digamos lo mismo del

asunto que nos ocupa: o la *filosofía pontificia* o la *religión científica*.

*La relación, La vida.*

La afirmación religiosa y filosófica, la visión de fe y la de reflexión, nos han dado idéntico resultado: El infinito, el eterno creando el finito, la variedad. La creación existe con posterioridad al ser y lógicamente debe encontrarse ligada a su principio sin lo que resultaría un dualismo contradictorio. Dios crea, impone su ley, trátase ahora de aclarar por medio del método esta afirmación de la relación que media entre el infinito y el finito.

La eternidad no puede reproducirse en eternidad, ni la unidad absoluta puede tampoco reproducirse en unidad absoluta. Luego, si la creación existe, no puede aparecer sino bajo la condición del *límite*. Creación con respecto a eternidad equivale a presente por venir, lo que llamamos tiempo. Creación con respecto a la unidad es *variedad*, que no recibe su existencia sino del fundamento de la identidad absoluta con relación a la inmensidad, de lo que conocemos y comprendemos bajo el nombre de espacio. El acto de Dios de identidad, o sea orden y libertad, es libertad en el hombre —posibilidad del mal—. Creación, en fin, bajo todas sus fases o modo de ser posibles, es finita con respecto a la manera infinita de ser del ser absoluto. Vemos señores, que las necesidades de la razón conocida bajo el nombre de categorías, según Aristóteles y Kant, no hacen sino demostrar el fundamento coexistente de la razón y de la fe. La razón se constituye en juez de la razón. ¿Siguiendo qué principio la subjetividad absoluta juzgará a la subjetividad absoluta? ¿Y en virtud de cuál, la razón juzgará al error y a la verdad, si la verdad y el error no son sino modificaciones de ella misma? Claro es que la razón, está basada en la base *objetiva* de la visión de Dios, y es aquí que ella comienza con la fe para

separarse en el método y volver a encontrarse con ella en lo más elevado de la pirámide científica y religiosa.

El *ser*, el objetivo absoluto es *causa* porque nada puede existir sin ser. Ser y el ser finito no pudiendo crearse a sí mismo ni engendrar todo el ser, no obstante la posibilidad indefinida de una agregación sin límites, no podrá revestir jamás la necesidad lógica, y la indivisibilidad del infinito. El finito es la división, el límite. La división al límite no sirve ni para formar idea del indivisible absoluto, del ilimitado. El finito es efecto, entretanto ¿cuál es la ley del efecto? ¿Cuál su destino?

Es éste, señores, el problema cuya solución es una religión o una filosofía.

*Où suis-je, où vais-je, et d'où suis-je tiré.  
Voltaire.*

¿Qué cosa es una religión o una filosofía, sino una respuesta a esa inmortal interrogación del alma humana que nos agita y se levanta terrible ante el pensamiento cuantas veces escuchamos al Dios interior, o vemos soplar sobre la humanidad a ese espíritu incomprensible que trastorna sociedades, destruye imperios y regenera a la humanidad misma cuando se creía próxima a bajar al sepulcro de la vergüenza o de la indiferencia?.

La creación tiene un destino, tiene un principio, ella avanza, una ley la domina, llena una necesidad, un fin debe ser su objeto. Todas las afirmaciones que preceden pueden resumirse en ésta: El finito partiendo del infinito aspira al infinito. Dios creando, no se aleja de su obra porque entonces esta parecería faltándole el fundamento necesario que es el ser y la unidad. Dios está relacionado a la creación y está vinculada a él. Dios da el ser, mas no da todo el ser, y al darlo da con él todo lo que constituye al ser que da y el destino que debe llenar. Puede decirse que creando él realiza una verdadera encarnación de su espíritu con las solas diferencias del modo. Él es uno, crea el múltiplo, mas en este múltiplo

hay individuos que representan su unidad. Existe forzosamente y hace existir por la fuerza que da al ser, y que constituye el poder, la sustancia real fuera de Dios. Existe, se ve en sí mismo, y encarna la ley que hace que los seres sean ellos mismos y nosotros, es decir las diferencias específicas de los individuos. Y Dios termina en evolución eterna sobre sí mismo, siendo la persona que es, que se ve, y ve y siendo el complemento infinito de sí mismo constituye la *vida* de la personalidad infinita.

La vida. Dios dando el ser da la vida, y con ella las condiciones necesarias que son la aspiración, la marcha, el desarrollo, el progreso, la ascensión, en una palabra, todo esto derivando de la noción del finito que constituye la creación.

Existe en Dios la vida y al transmitirla la transmite con su condición fundamental que es volver a la fuente de donde partió. La vida relativa no existiría sino tuviese por sostén la vida suprema.

Hay en Dios respiración y aspiración del ser y es el amor y la creación quienes responden en los seres inferiores por sus transformaciones sucesivas en formas más acabadas, y en el hombre por el deseo de fuerza, de luz, y de amor. Yo no os mostraré la armonía de la creación, el amor de las existencias, las relaciones indestructibles entre sus leyes y su sencilla y universal unidad, esa perpetua transfiguración del amor. Es del hombre de quien me ocuparé especialmente.

Venimos de Dios. He aquí el punto de partida. Estamos en marcha. Y nos dirigimos a Dios principio necesario, porque si no tenemos al infinito por mira, ¿qué se interpondría entre la humanidad y su Dios? El hombre tiene un destino incompleto y aspira a completarlo. Durante la vida aspira a la inmortalidad, finito, desea sumergirse en el infinito, personalidad creada por Dios, quiere la luz para vivir de ella la libertad para hacerse digno de poseer la facultad de reflexionar sobre la creación, de considerar el destino, de ver el tiempo en el momento invariable de la afirmación

primera, y de la unión del ser. Vive, ama, y pide el alimento sagrado de la existencia.

El hombre ama, decimos, y ¿no os parece que esa palabra encierra el acento de la naturaleza, el suspiro de la creación, la petición inmortal de la humanidad de todos los tiempos y lugares?

Sí. El amor es el aguijón que tenemos para cumplir la ley. Dios es amor, puesto que existimos y sostenemos su mirada, y el amor que Dios ha puesto en el hombre contiene en germen el cumplimiento del fin de éste. Y no se diga que la ciencia no tiene nada que ver con el amor y el sentimiento, porque la ciencia tiene forzosamente que ocuparse de lo que existe, so pena de condenarse a la impotencia, y existe el amor que es el término que cierra la evolución metafísica de la idea. La variedad no podría existir sin la unión, tampoco un ser sin la afinidad consigo mismo, sin su propio amor, sin relación a la unidad superior, sin el impulso del finito hacia el infinito, y sin la belleza del infinito que atrae al finito.

El amor se llama calor, atracción, en la naturaleza y no se dirá que la ciencia no tiene que ver con una de las condiciones de ella misma, porque si la ciencia no se amase a sí propia, yo dudo mucho que supiésemos algo.

Hemos visto el último fundamento de la religión y la filosofía, que es la unión. Este principio ha sido y es aun la sola religión de la totalidad de la especie humana, y el que ha planteado los terribles problemas que le transmiten las generaciones de edad en edad. En nosotros mismos y en los monumentos de las literaturas, escuchamos esta queja, este deseo, esta duda, estos inmensos dolores, estas profundas tristezas que postran al alma en los momentos de aspiración, de olvido, o de error. Job, Prometeo, Fausto, Byron, Ahasverus, que son cinco notas de ese gemido intenso de un abismo de amor que no puede comprenderse ni satisfacerse. La muerte, la espantosa muerte, las tinieblas del porvenir, lo incompleto de la vida, y de la acción, el espectáculo del mal, del desorden,

el hombre y los pueblos en esclavitud, la vergüenza sentada durante siglos a la cabeza de la humanidad, monárquica aristocrática, papal, etc. Todo esto, señores, y el misterio vago de la naturaleza durante sus horas silenciosas, la belleza que hace llorar ante la impotencia de una satisfacción suprema, la sed de heroísmo, de ciencia, de libertad, de fraternidad, ¿qué son sino relámpagos del infinito que atraviesan las tinieblas del pensamiento, el amor en el corazón del hombre, y el infinito en Dios? La ausencia de la ley, el vacío en el corazón, siempre la inmortal interrogación que nos conmueve, la ley que nos obliga, la vida que nos falta o nos sofoca, la acción que se desborda fuera de nosotros, son todos efectos de que la religión ha desaparecido durante la tempestad del siglo y el hombre no abdica su Dios no obstante las blasfemias que escapan a veces de sus labios pero jamás de su corazón.

El problema es, pues, señores, el problema religioso, que lo es a la vez de la fuerza, de la inteligencia, y del amor. Una filosofía es necesaria por cuanto sirve a satisfacernos, a llenarnos de creencia y esperanza, o a mecernos en el amor. Esos principios y sectas que por satisfacer a todo, no satisfacen a nada, que olvidan el abismo del alma, para contentarse de la apariencia temporal de las necesidades del momento, en vez de satisfacer a la eterna necesidad, no hacen a mi juicio, sino empequeñecer al hombre. No debemos hacer la ciencia fácil, suprimiendo las dificultades. La ciencia debe ser viril, y si no aborda lo desconocido, está muerta, o se convierte un juego de palabras y contradicciones, bueno solamente para entretener la escolástica de una época de decadencia.

Nuestro primer deber es reconocer lo que vemos y no negarlo por *a priori* sistemáticos. Vemos lo que no podemos explicar, y debemos aceptar lo inexplicable so pena de negar la palabra y la vida. Hemos establecido el dogma, que es la verdad, el amor que es la vida. Réstanos, la senda que es la moral, que tiene por fundamento en el hombre, la libertad.

Siguiendo nuestro proceder ¿dónde está la noción de libertad? Si es una verdad necesaria debe encontrarse en la afirmación primera. El infinito es también el bien absoluto, él quiere el bien, mas creando, él no puede dar a sus criaturas sino el bien relativo, porque de otro modo él se reproduciría como absoluto, lo que es absurdo. Dios como *personalidad infinita no tiene otra ley que sí propio, y de no ¿de quién la recibiría? Es la libertad absoluta* —diremos con Rousseau— “*Il peut cel qu’il veut*”. La libertad es el poder con conciencia, de no tenerla sería fatalidad. La conciencia en Dios, es el bien absoluto, y la libertad no es por consecuencia sino el poder eternamente realizado en la conciencia. Creando la naturaleza inteligente ha empleado potencia, pero cumpliendo su evolución ascendente en la oscuridad intrínseca, porque la naturaleza no piensa, es el hombre quien traduce su pensamiento y lo expone. La naturaleza aspira al pensamiento y esto nos lo demuestra en sus transformaciones sucesivas. Dirige y levanta su organismo como si buscara su cabeza, prepara su seno para la luz, mas la luz no llega a ella sino a condición de la libertad, que es el fundamento de la individuación personal de las existencias. Podemos decir: la naturaleza llega al pensamiento con la personalidad, en otros términos, la libertad es la condición de la revelación de Dios. La naturaleza ha llegado a la luz en el hombre. Éste es una potencia, y esta potencia ve a la potencia absoluta y su potencia relativa. En esta visión el hombre es lento como en la de todas las verdades relativas a su ser, y a sus relaciones necesarias con el ser, relaciones de ascensión, de marcha, de trabajo, de movimiento, porque la inmovilidad es el aniquilamiento de sí propio, no poseyendo la identidad inmóvil e indivisible. La inmovilidad es el aislamiento, éste la separación de la fecundación necesaria del ser que sostiene la creación. El aislamiento es la muerte. El hombre se siente poder, mas ligado a otro poder, y su conciencia en la ley que lo une, liga y empuja a

la unificación. Esta fuerza consciente, este poder que se conoce, es la libertad. La naturaleza va, el hombre obedece, la naturaleza es poder, mas no viendo la ley es fatalidad. Recordad el símbolo que en este instante arroja luz a mi espíritu. Se representaba a la fatalidad con los ojos vendados. Allí donde la luz hace ver la luz latente, la fatalidad retrocede y la libertad se muestra. Esto sucede en el hombre. Dios es libre porque no reconoce más superior que su ley del bien absoluto. Créanlo una personalidad, ella debe encarnar sus propias necesidades constitutivas con la sola diferencia del límite en el efecto. El infinito es la causa, es persona; si existe una persona en la creación, ella debe ser la encarnación de la causa. El poder de causalidad es la libertad. Así el hombre que es inteligencia, persona, causa, el hombre es un ser libre. Fichte ha dicho: "Soy libre, he aquí la prueba de la libertad". Kant dice: "Obedezco, luego soy libre". Permitidme decir a mi vez, siguiendo la teoría expuesta: El hombre ve a Dios, luego es libre. Visión y libertad. El deber hace la libertad, sin Dios no hay deber, luego Dios es la libertad misma.

Toda criatura posee un principio de individualidad o egoísmo que constituye su existencia y sin él no sería más que una idea divina sin realización exterior; este principio encierra una tendencia hacia sí; mas según la ley general de la creación, todo individuo debe marchar hacia la unidad. Aquí comienza la posibilidad del mal. Hay dos tendencias, la tendencia finita, y la infinita. ¿Cuál debe predominar? Según lo dicho, lo finito debe tratar de sacrificarse a lo infinito, y aquí la palabra sacrificio, el símbolo fundamental de todas las religiones. Esta ley es la ley de la naturaleza entera que llega a la reflexión en el hombre. El centro en la circunferencia, la atracción y la expansión en los cuerpos, el foco de agregación, la fuerza de toda organización que llama a la unidad, las diferencias que constituyen toda forma de vida, la muerte o lo que es lo mismo, la transformación de los

seres inferiores para servir y ayudar al desarrollo de los seres superiores. La libertad del hombre que describe el movimiento de la ley y produce el sacrificio, el heroísmo, la virtud, la multiplicidad de las sensaciones que se convierte en idea a impulsos de la unidad que domina las impresiones, la multiplicidad de las ideas que se vuelve razón en virtud de la imposición una e indivisible de la fórmula necesaria. La pasividad de la razón que viene a ser luz y libertad por la visión de Dios, unidad de unidades. Todo esto no es más que el movimiento de la creación hacia su principio, el sacrificio del egoísmo de la parte, el fenómeno de lo relativo hacia el todo y lo invariable. Y el movimiento, que no es otra cosa que el sacrificio del pasado en aras del porvenir, de un porvenir que se aleja siempre, y está siempre presente, sin el que la vida sería la inmovilidad, y la muerte la forma de la nada que no puede comprenderse sino como un pensamiento contradictorio al de la existencia.

Dejamos establecida la fe y la metafísica fundamental de la religión y la filosofía, probando que ellas parten del mismo principio y tienden al mismo fin o resultado. El principio es Dios y la creación y, en ésta, el hombre. La visión de Dios autoriza la razón, la fe, la libertad y el movimiento de la creación hacia su principio. Todo esto forma el dogma que contiene en sí la razón de la ley de vida, que es la moral. La moral no puede existir sin causa. Sin unidad, si ella es verdadera, precisa un fundamento necesariamente; este fundamento lo encuentra en el dogma de la creación por el que el finito tiene por ley en la naturaleza y por deber en el hombre, el sacrificio del movimiento, aislador de la individualidad finita que es la causa del mal, al movimiento heroico y unitario de sumersión en el infinito, sin abdicación. Encuentro la prueba de lo que expongo en esta faz del fundamento de mi dialéctica.

Verdad es lo que es, error todo aquello que no es o no existe, por tanto todo aquello que tienda

a penetrar en la nada es falso, y todo aquello que tienda a acrecentar su existencia, por así decirlo, a acercarse más y más al infinito, que es el ser, es verdadero. La aspiración concéntrica del egoísmo de la piedra que quiere ser siempre piedra, del animal que quiere continuar siéndolo y se opone a la irradiación de la luz que contiene su organización. Esta aspiración, digo, tiende al aislamiento, a la formación de muchas unidades o reyecías destructoras de la creación, a la anarquía de los seres. Y son tales tendencias las que autorizan mi proposición, de que la aspiración absoluta de la individualidad que trata de sumergirse o refundirse en sí misma tiende a la nada, de donde concluyo que lo falso y la muerte se encuentran en las unidades mentirosas. La creación, señores, es una república. En el hombre es la omnipresencia de la libertad en la unidad infinita, y aquí llevo directamente a la moral como conciencia de la creación.

La moral es la acción del dogma unidad y libertad.

La creación es una, reconoce una misma causa y un mismo destino, tiene por ley de fraternidad. Ella dice al hombre: sé libre. Sin libertad, Dios no resplandece en tu alma. La visión de Dios es tu título de ciudadano en la ciudad del eterno. Dios no admite la adoración de los esclavos. Sé libre, es decir, goza de la igualdad en el derecho; ved ahí lo que dice referencia al fundamento pensante y reflexivo del dogma en la moral. La creación siente la ley del movimiento y del destino supremo originado por el llamamiento de Dios, y por el arranque del alma humana hacia su principio, de donde nace el principio que hace obrar, que completa la unión. El supremo amor hacia Dios, el amor hacia las igualdades de mí mismo, que se llama fraternidad, y hacia los seres inferiores para ayudarlos a la obra universal, de la que el hombre se hace cooperador en virtud de su libertad.

Permitid, señores, os cite los siguientes versos de Voltaire que expresan en pocas palabras lo que acabo de exponeros:

*Tout amour vient du ciel: Dieu nous chérit, il s'aime.*

*Nous nous aimons dans nous, dans nos biens, dans nos fils,*

*Dans nos concitoyens, surtout dans nos amis:*

*Cet amour nécessaire est l'âme de notre âme;*

*Notre esprit est porté sur ses ailes de flamme.*

Estos versos religioso-filosóficos salidos de boca del flagelador de la Iglesia Católica, y de toda unidad mentirosa, apoyan lo que he tratado de probaros.

Religión y filosofía, fe y ciencia, armonía sublime de la afirmación fundamental.

Réstame, tan sólo para terminar esta segunda parte, exponer dos deducciones que cierran la evolución del pensamiento y del amor.

El hombre debe adelantar, el adelanto es el esfuerzo, la aspiración, el deber y el dolor para conseguir el bien, que no puede ser otro que la posesión de su alma: de aquí parte, según el método, la idea del trabajo, padre de la industria. El bien se presenta a la libertad como consecuencia del esfuerzo, y esa propiedad alimentadora se da en la sucesión de la vida. Propiedad limitada como lo es lo mismo en su libertad; propiedad infinita que es el bien absoluto, que no alcanza más, que sostiene la propiedad de su persona. El trabajo es la apropiación del bien. La idea del bien *antecede*, preexiste a la idea de trabajo como el fin preexiste a los medios.

Para llegar a la posesión del bien es necesario el esfuerzo, mas el esfuerzo supone un antecedente forzoso cual es el conocimiento del fin y la anticipación de los medios. El conocimiento es el bautismo religioso de la educación, la anticipación es la capitalización que Dios ha dado a todos los hombres por intermedio de esa madre universal que nos guarda en su seno, a que llamamos naturaleza. Exclamemos con Dios.

¡Bautismo de luz y bendición de la naturaleza sobre ti desgraciada humanidad, proletaria

de todos los tiempos en las tinieblas del espíritu como en las miserias de la tierra! Luz, naturaleza, palabras de orden de todos los tiempos, exhalaciones del dolor tradicional. Quisiera anticipar con nuestras almas esto ante los tiempos, y ver a los hombres amándose y poseyendo la tierra.

El arte es la realización de lo bello resultante del inconcebible misterio de la visión de Dios en el hombre. Vuelven la atracción del *infinito*.

La verdad es la visión de lo finito en el infinito; este espectáculo sentido por el hombre todo entero como inteligencia y amor, revela lo bello, que según Platón define admirablemente, no es sino: “*El esplendor de lo verdadero*”. Esta definición ha sido precisada por Lamennais en estos términos: “*Lo bello es la forma de lo verdadero*”. Dios es la verdad absoluta, luego es la belleza absoluta, es decir, el esplendor infinito de sí en sí mismo, la forma eterna de su ser. Debemos precisar los caracteres distintivos de lo bello, de modo que podamos darnos cuenta de su necesidad y diferencias respecto a las demás reflexiones de la verdad.

Marchamos hacia el infinito, siguiendo la ley de la existencia del finito que es el movimiento. Mas el hombre que ha visto y por consecuencia es libre, se mueve doblemente, obedece a su destino de una manera compleja: obedece a lo verdadero por el convencimiento, y a lo bello por la atracción. La visión de lo bello es el resultado de la inteligencia y del amor. La inteligencia perfecta ama, el perfecto amor habla, es la armonía, la unidad, el resplandecimiento del ser inconcebible que se convierte para él en la seducción de la ley que es la belleza.

El finito es la obra de lo bello, luego la creación es bella. La sola diferencia consiste en lo relativo a su esencia por cuanto no puede ser dúplice la perfección.

¿Cuál es, según lo ya establecido, la belleza de la creación? Siguiendo el método remontémonos al principio de la afirmación.

Lo bello es lo verdadero en la unidad de la

contemplación. Lo bello relativo debe ser una forma del deber en las criaturas, la ascensión del finito hacia el infinito, la marcha de la verdad, el acrecentamiento del ser o, en otros términos, el espectáculo del esfuerzo del finito hacia el infinito. Tomad los ejemplos del heroísmo que es la belleza en acción y veréis, sea cual fuere el ejemplo que escojáis, como en el fondo es lo verdadero lo que hace resplandecer a lo bello. Lo bello está en Dios y en las criaturas por encarnación; conviértese en el ideal eterno, el eterno amante que persigue la creación, conservando un tipo en Dios, fuente de toda verdad. Dedúcese asimismo de lo expuesto, que lo bello supone el dogma, nada hay fuera del dogma; él es, si puedo servirme de una comparación matemática: *La línea recta de un círculo infinito*.

Lo bello ha dado origen al arte, que no es otra cosa que el trabajo humano por realizar lo bello. Esta realización es múltiple, pero idéntica en cuanto al fundamento; es interna y moral, si os hacéis artista de vuestro yo, si transformáis vuestro ser, siguiendo el ideal que tenéis, si encarnáis el heroísmo.

El arte es externo, si por medio de la materia reproduce cualquier aparición simbólica que representa el objeto de vuestra aspiración.

Hemos visto que la verdad de las manifestaciones de la vida está en la visión de Dios y de la libertad; que la religión, la filosofía, la industria y el arte reproducen lo mismo, bajo formas diferentes; y la verdad de la fórmula que os presento ¡puede ser probada aun por la historia!

Existe unidad en la industria, en el arte, en todos los ramos de la moral, en el dogma y en la ciencia. Esta unidad es la fe primera, la voz del ser, evidencia en sí propio, de donde nace la vida en la variedad de sus formas. Cambiar el dogma es cambiarlo todo; porque faltando la base se derrumba el edificio.

Sois panteísta. Mirad al Oriente, ved su política, su moral, su industria, su arte reproduciendo

el dogma terrible y monstruoso del gran todo divinizado. Seguid la historia de los monumentos de la humanidad y veréis a las revoluciones religiosas renovando la tierra, por decirlo así. Allí un dogma de muerte engendrando la ociosidad y la fealdad, acá uno de fatalidad autorizando científicamente la anarquía y el duelo a muerte del hombre con el hombre “*HOMO HOMINIS LUPUS*”, la adoración de la fuerza. El pensamiento y la historia concurren a demostrarnos la solidaridad necesaria. La creencia produce sus efectos, lo contrario, que es el escepticismo, tiene que producir los suyos. Una nación sin dogma es un pueblo que busca su cabeza; las oscilaciones, los cambios oscuros, los sacudimientos febriles, el aniquilamiento del espíritu, son los signos de un pueblo sin dogma. Preguntad qué se ha hecho su industria, su arte, su religión, su política, su filosofía, su industria regida por el acaso, ola terrible que arroja a la playa los restos de una batalla o un crimen; su arte muerto, no tiene en su lugar sino el capricho fantástico de los individuos, la imitación vulgar, o el antojo desordenado de hombres que creen crear cuando no hacen sino hacer degenerar lo que patrocinan. ¿Dónde está su arquitectura propia, su pintura, su escultura, su música? ¿Es acaso que el pueblo con su gloria, sus instintos, sus tradiciones y esperanzas se ha estremecido ante una obra que le mostraba su dolor o su pensamiento?

Un pueblo sin dogma puede reconocerse también en lo que llamaré la pérdida de la palabra. No creáis, señores, que yo piense que no se hable en ese pueblo, no, es porque la palabra en él ya no es el hombre y la diplomacia se ha introducido en el santuario inviolable. Los principios, sean cuales fueren, no bastan sin la identidad de un dogma por fundamento. Supongamos en política un republicano escéptico, uno católico y otro de dogma. El primero marchará tras el brillo o la utilidad, el segundo nos hablará de libertad sin

apercibirse de que él es esclavo hasta la médula de los huesos, y el tercero morirá de angustia, o vivirá inútil por la indiferencia de los demás y por la impotencia de su moralidad sin habilidad.

¿Creéis que veríamos las desgracias que vemos, si la industria y el comercio se hallasen ligados al dogma? No. Si hubiese el menor fundamento religioso en la industria, ella sería lo que ha sido entre los persas, una plegaria, un deber cumplido para con Dios en bien de la humanidad. Mas la industria, desprendida de la unidad fundamental de la idea, no puede ser sino una guerra, consecuencia de la anarquía y desencadenamiento de los deleites. El estado actual de la industria es la práctica de la máxima de Hobbes: “*Homo hominis lupus*”. El hombre ha ahogado la afirmación indivisible que lo ligaba a la creación por el deber y el amor, y no ha quedado en él sino la sensación, y lo que más lo aísla, el orgullo y la vanidad, de donde nacen la ceguera intelectual de la época y entre los poderosos de la tierra, la degeneración de raza, la fealdad en las almas como en los cuerpos.

Podría prolongar mis demostraciones, mas me haría demasiado actual. Terminaré constatan-do lo que establecí al principio:

**La verdad es una, es el dogma.**

La religión es la fe en la afirmación fundamental.

La filosofía parte de la intuición que es pueblo y sentimiento para llegar a la reflexión científica de la afirmación. La religión morirá si el hombre deja de querer a Dios. Desaparecerá la filosofía, si el hombre deja de pensar en Dios. La verdad es la base, la unidad de fondo. Problema de verdad es problema de unidad.

La religión quiere un Dios. La filosofía lo demuestra, tienen por consecuencia que ser co-existentes, idénticas en creencia, diferentes en la marcha e inmortales en la existencia.